

# GRUPO DE DEBATE EXPERIMENTAL

*Universidade Invisibel*

## **Primeira Sesión:**

*18-December, ás 12:30 no Salón de Graos da Facultade de Socioloxía-UDC*

**“Antonio Negri. Renovar a esquerda, repensar o biopoder.”**

*Antón Fernández de Rota* introducirá o debate.

## **Textos Recomendados:**

**//1// Itinerario de Toni Negri**

*Michael Hardt //páxina 2//*

**//2// Transcripción de la intervención de Toni Negri en el  
NoWork Festival.**

*Toni Negri //páxina 8//*

**//3// La producción biopolítica.**

*Toni Negri y Michael Hardt //páxina 17//*



## Itinerario de Toni Negri

Michael Hardt [1]

En una entrevista de 1980, en la que Michel Foucault sopesaba el papel público de los intelectuales en la sociedad contemporánea, pensó en el ejemplo de Toni Negri: «Claro que no estamos en un régimen que envía a cultivar arroz a los intelectuales, pero, por cierto, dígame, ¿ha oído hablar de un tal Toni Negri?, ¿acaso no está en la cárcel en calidad de intelectual?» [2]. Por un lado, los comentarios de Foucault apuntan al hecho escandaloso de que un país democrático como Italia, que aprecia la libertad de expresión y de pensamiento, pueda condenar a alguien como Negri por su papel como intelectual. Por otro, sin embargo, tal vez lo más interesante de la observación de Foucault sea que Negri presenta un ejemplo anómalo como intelectual. En efecto, Negri ha creado un modelo poderoso y original de ser un intelectual público y político en las últimas décadas del siglo XX.

Si uno se limitara a seguir las crónicas periodísticas, la biografía de Toni Negri podría pasar por un guión de Hollywood, lleno de aventura, escándalo, intriga, revuelta, encarcelamiento y fuga. En particular, en la prensa italiana Negri ha sido acusado de todo tipo de delitos intelectuales, desde haber sido un «mal maestro» a corruptor moral de la juventud. No cabe duda de que pocas vidas intelectuales presentan una trayectoria similar, y pocas han cosechado tal grado de celebridad, atractivo y tragedia debido a sus actividades intelectuales. Sin embargo, si consideráramos las cosas sólo desde la perspectiva de los mass media y del “espectáculo” comprenderíamos bien poco de la substancia intelectual y política del itinerario de Negri durante los últimos cuarenta años. En efecto, su vida se presenta como una aventura, pero una aventura colectiva de auténtico compromiso intelectual y político.

La anomalía de la trayectoria de Negri como intelectual se remonta a principios de los sesenta y a su estelar carrera académica en la universidad de Padua, en la que empieza a ejercer de profesor titular a una edad extraordinariamente temprana en el campo de la *Dottrina dello Stato*, una especialidad italiana que se ocupa de la teoría jurídica y constitucional. Siempre se consideró comunista, pero no ingresó en ningún momento en el PCI. De hecho, ya en los años sesenta su trabajo abordaba una crítica de las posiciones comunistas y socialistas europeas desde un punto de vista obrero y de izquierda. Un prolijo estudio de 1964, *Il lavoro nella costituzione*, constituye el centro de su evolución intelectual durante este periodo. En este estudio, Negri reconoce el papel fundamental del trabajo en la constitución de las sociedades democráticas liberales: tanto en los términos de la constitución formal (por ejemplo, el texto de la constitución italiana comienza declarando que «Italia es

una república democrática basada en el trabajo») como en los términos de la constitución material de la sociedad y de la producción social. El trabajo se ve incorporado al Estado del bienestar a medida que es incorporado al capital. Desde este punto de partida, Negri desarrolla una crítica marxista del Estado y del capital que involucra a su vez de manera central una crítica del trabajo. Es aquí donde podemos reconocer de forma más clara la separación de la línea política tradicional comunista y socialista del periodo por parte de Negri. La izquierda oficial celebraba y afirmaba el trabajo como medio hacia la liberación, o incluso como la liberación misma. Antes que una liberación [¿por] el trabajo, Negri defendía una liberación del trabajo. El trabajo mismo es un régimen disciplinario que debe ser impugnado y destruido por los obreros.

Uno de los rasgos característicos del compromiso de Negri que se remonta a estos primeros años consiste en que para él los proyectos intelectuales siempre implican una actividad colectiva y cooperativa. Inclusive la formación de conceptos es una actividad de grupo; durante una serie de años un amplio grupo de intelectuales desarrollarán en conjunto una batería de conceptos siguiendo líneas de articulación diferentes pero coordinadas. A principios de los sesenta se unió al colectivo editor de los Quaderni Rossi, una revista que representó el renacimiento del marxismo en Italia fuera del área del partido comunista. El armazón filosófico desarrollado en el ámbito de la revista pasó a conocerse como «obrerismo» (operaismo), y uno de sus conceptos centrales era el «rechazo del trabajo», que no remitía a un rechazo de la actividad creativa o productiva sino más bien a un rechazo del trabajo dentro de las relaciones de producción establecidas. El otro corazón conceptual del operaismo implicaba un proyecto de autonomía de la clase obrera respecto al capital así como a las tradicionales estructuras representativas y estatales, sindicatos y partidos incluidos. La actividad política práctica de Negri en la década de los sesenta culminó con su participación en Potere Operaio. En muchos aspectos, Potere Operaio era característico de los grupos surgidos al calor de 1968 en toda Europa y en los Estados Unidos. Como sucedió con organizaciones similares en otros lugares, el grupo supuso la fusión entre movimientos estudiantiles radicales y obreros externos y críticos con los partidos políticos y los sindicatos. En particular, Potere Operaio aspiraba a poner en práctica los conceptos de rechazo del trabajo y de autonomía de la clase obrera que Negri y otros teorizaban.

En el siguiente periodo de su actividad intelectual, Negri y sus colegas fueron más allá de los paradigmas del 68. En los años setenta, la obra de Negri continuó concentrándose en el trabajo y en la crítica del Estado, pero el principal emplazamiento del análisis se desplazó al exterior de los muros de la fábrica. Al principio, Negri y sus colegas centraron sus análisis en la clase obrera (por la cual entendían los obreros varones de la fábrica industrial), pero en este momento desarrollaron una idea más amplia de proletariado que pretendía hacer referencia a todos aquellos cuyo trabajo está dominado y explotado por el mando del capital. Concibieron sus análisis como una salida de la fábrica hacia la sociedad. En este periodo, Negri desarrolló una teoría del «obrero social», que trataba de aferrar la nueva figura subjetiva de la producción social y la rebelión. En efecto, este proyecto intelectual puso en cuestión la división conceptual planteada por las concepciones marxistas

tradicionales acerca del trabajo productivo e improductivo o el trabajo productivo y reproductivo, así como las divisiones políticas tradicionales entre obreros asalariados, no asalariados y parados. La principal consecuencia teórica de estas teorías fue el reconocimiento de la capacidad de rebelión de todas las diferentes figuras de la producción social, de todo el proletariado en sentido amplio. El trabajo teórico de Negri culmina en este periodo con Marx más allá de Marx, una reinterpretación de la obra marxiana que la prolongaba más allá de los límites de la visión y la época de Marx.

Tras la disolución de Potere Operaio en 1973, Negri participó en lo que vino a conocerse como Autonomía Organizzata, una red difusa de organizaciones locales de toda Italia. Autonomía se oponía firmemente a la idea de un partido de vanguardia y de una dirección centralizada, planteando en cambio la autonomía de los grupos locales. Negri insistía en que la organización política debía plantearse de manera continua el problema de la centralización y la democracia. En las anteriores revoluciones comunistas, la gestión del poder a cargo de un partido centralizado acabó estrangulando la organización proletaria de los poderes, lo que puso fin a la revolución. En este sentido, Negri abogaba por Autonomía como antipartido, una red de organizaciones políticas abiertas y descentralizadas.

A su vez, en este periodo y partiendo de este mismo terreno de luchas sociales, se formaron los grupos terroristas italianos como las Brigadas Rojas. Todo el horizonte de la actividad política en Italia se volvió más complejo y violento desde finales de los años setenta, los llamados «años de plomo». No cabe duda que podemos distinguir entre prácticas políticas terroristas y no terroristas, y es importante hacerlo, tan importante como reconocer que el periodo presentaba un marcado continuum de uso de la violencia, tanto contra la propiedad como contra determinados sujetos. Las manifestaciones de masas cobraban un carácter más violento a medida que se endurecía la represión policial contra las mismas. Negri se opuso continuamente a los grupos terroristas y defendió en su lugar otras formas de intervención política.

Tras el secuestro y asesinato de Aldo Moro [nota del “formateador” de este texto: recuérdese la famosa red GLADIO y hasta qué punto estaba todo el ambiente envenenado por las tramas negras], destacado dirigente de la Democracia Cristiana, en 1978, el gobierno italiano promulgó una serie de medidas de emergencia y redobló sus esfuerzos policiales contra los grupos políticos terroristas y no terroristas por igual. El 7 de abril de 1979, Negri es detenido junto a numerosos exmiembros de Potere Operaio. El fiscal sostenía que esa organización era el origen de la violencia política de los años setenta y que Negri era el líder secreto de una vasta constelación clandestina de organizaciones terroristas -por más que sus esfuerzos de organización política fueran encaminados en la dirección contraria y hacia modelos más descentralizados-. Las medidas de emergencia permitieron que Negri, junto con miles de personas, permaneciera en prisión preventiva durante años sin cargos firmes ni fecha de juicio. Cuando, cuatro años más tarde, Negri fue juzgado, las acusaciones originales de ser el cerebro de las organizaciones terroristas habían sido desestimadas. En su lugar, los jueces le procesaron

basándose en gran medida en sus escritos, considerándole responsable «moral» y «objetivo».

En 1983, mientras se celebraba su juicio, Negri fue elegido diputado por el Partido Radical y excarcelado inmediatamente. En el parlamento defendió los derechos de los presos políticos y se opuso a las medidas de emergencia utilizadas por el gobierno para procesarles. Amnistía Internacional denunció a su vez la irregularidad de los encarcelamientos y juicios. Sin embargo, solo unos meses después la Cámara de Diputados votó a favor de retirarle la inmunidad parlamentaria y devolverle a la cárcel. En ese momento, en vez de volver a la cárcel, Negri huyó en barco a Francia, donde permanecería exiliado los catorce años siguientes. Los juicios continuaron sin su presencia y fue condenado en rebeldía.

Sin duda, la cárcel y el exilio impusieron duras condiciones a Negri. La cárcel supuso duras penas físicas, pero el exilio, lo que tal vez fuera aun peor, le separó de los contextos intelectuales y políticos en los que siempre había trabajado. No obstante, Negri hizo de necesidad virtud. Este tercer periodo de su producción intelectual contiene algunas de sus contribuciones filosóficas más importantes, desde su célebre estudio sobre Spinoza, escrito en la cárcel, hasta su impresionante estudio del concepto de «poder constituyente», que se ocupa principalmente de Maquiavelo y los periodos revolucionarios en Inglaterra, Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética. En cierto modo, uno podría decir que el proyecto central del pensamiento de Negri durante todo este periodo consistió en reunir (o acaso revelar las resonancias entre) el pensamiento político del operaismo italiano con la nueva filosofía francesa de autores como Michel Foucault, Gilles Deleuze y Félix Guattari. De esa forma, por ejemplo, el proyecto operaista de rechazo del trabajo se encuentra con la idea foucaultiana de resistencia a la sociedad disciplinaria y con la concepción de las líneas de fuga de Deleuze y Guattari. Qué duda cabe, a resultas de ese encuentro todos estos conceptos aparecen transformados. Así, recibimos una nueva versión de la filosofía «posestructuralista» claramente comprometida políticamente. No obstante, Negri continuó las líneas de pensamiento que recorren su obra. En el trabajo de colaboración que hemos llevado a cabo conjuntamente, nos centramos en los cambios recientes de las prácticas del trabajo y del mando capitalista, extendiendo la tradición de la crítica del Estado a las condiciones de la posmodernidad. En la actualidad, ultimamos un libro sobre el Imperio que articula las lógicas culturales, políticas y económicas del orden mundial contemporáneo.

El gobierno francés se opuso repetidamente a las peticiones de extradición de Italia, con independencia del partido en el poder, pero lo impreciso de sus condiciones de residencia le impedían intervenir políticamente. No obstante, se las arregló para introducirse en el ambiente intelectual parisino. En los años ochenta comenzó a enseñar en la Universidad de París VIII (Saint Denis) y en el Collège International de Philosophie. Y, una vez más, una revista hizo las veces de mecanismo generador de un empeño intelectual colectivo. Negri ha sido el motor central de la revista *Futur antérieur*, que comenzó a publicarse a principios de los años noventa y reunió en un proyecto coherente a una amplia coalición de la izquierda francesa, a menudo dividida por diferencias sectarias.

En torno suyo logró construir en París una enorme y articulada máquina de colaboración e intercambio intelectuales.

En el verano de 1997, después de catorce años en París, Negri decidió abandonar el medio intelectual parisino y volver a Italia y, por tanto, a la cárcel. Su principal objetivo ha sido instar al gobierno italiano a encontrar una solución política colectiva para esos cientos de personas que, como él, permanecen exiliados o en la cárcel por sus actividades políticas en los años setenta. El parlamento estudió dos de tales soluciones: un indulto, una conmutación que rebajaría los años suplementarios de pena para los delitos políticos, que los equipararía a delitos comunes; y una amnistía que permitiría el retorno a la vida civil italiana de todos los exiliados y encarcelados. Negri piensa que, habida cuenta de los recientes cambios en el gobierno italiano y de la futura integración de Italia en la nueva Europa, es hora de pasar la página de las actividades políticas y la represión de los años setenta. A su vez, la concesión del premio Nobel a Darío Fo, quien, al igual que Negri, jugó un importante papel contestatario en la izquierda radical italiana en los años setenta, tal vez sea una señal de que ha llegado el momento de dejar atrás el conflicto de aquellos años y reconocer claramente los logros intelectuales que durante mucho tiempo se han visto oscurecidos por anteojeas ideológicas.

El segundo motivo de la vuelta de Negri es el redescubrimiento de una vida política propia en Italia. Un rasgo característico del modelo de intelectual que nos ofrece consiste en la búsqueda constante de una vida radical en sintonía con los tiempos. Tras el largo y fructífero paréntesis del medio parisino, en la actualidad aspira a reinventar el modo de intervención política radical del que pudo gozar con anterioridad. Recordando los diversos cambios de su pensamiento y de su vida, uno percibe el valor que ha demostrado en numerosas ocasiones, dejando a un lado las comodidades de su vida y volviendo a empezar desde la nada, desde una posición de pobreza. Resulta extraordinario que hoy, con 65 años de edad, tenga la energía para reconstruir una vida radical y un proyecto político colectivo desde cero. Son muchos los intelectuales radicales de los años sesenta que se han instalado cómodamente en el gobierno, la universidad o en el mundo de los negocios. En comparación, Negri es una anomalía y un modelo. No ha seguido siendo un radical de los años sesenta (celosamente conservado en hielo) ni ha abandonado sus aspiraciones políticas; más bien ha cambiado con los tiempos, tratando siempre de reinventar el papel del intelectual público y político. En cada periodo Negri ha tratado de descubrir las posibilidades revolucionarias del presente.

Louis Althusser dijo en una ocasión: «Un comunista nunca está solo». Lo cual nos indica un segundo rasgo característico de la figura del intelectual que nos ofrece Negri. Su actividad intelectual siempre es colectiva y colaborativa, siempre va en busca de la intervención social y política. Esta es la razón por la cual cuando decide asumir un grave riesgo personal o una posición de pobreza nunca adopta una figura ascética. La naturaleza colectiva y colaborativa del proyecto político asegura siempre que no se trata de un proyecto de renuncia sino de alegría, una aventura alegre de intervención política e intelectual. Es éste el modelo del intelectual radical que Negri ofrece a nuestra época.

[1] Michael Hardt enseña en la actualidad Romance Studies en la Duke University, Durham, NC. Ha colaborado estrechamente con Toni Negri desde principios de los años noventa, participando asimismo en la redacción de la revista *Futur antérieur*. Fruto de su colaboración con Negri son los estudios *Labor of Dionysus* (1994) y el reciente *Empire* (2000). (N. del E.)

<http://caosmosis.acracia.net/?p=488>

**+ textos de Michael Hardt en: *caosmosis.acracia.net***



## **Trascripción de la intervención de Toni Negri en el NoWork Festival.**

**Toni Negri**

Me siento extraño aquí... ante todos estos micrófonos. La primera vez que hablé en Milán en el 68-69 no había micrófonos, cuando recién llegado de Padua tenía delante el folleto de Porto Marghera.

Estaba exactamente al otro lado de la calle con el panfleto que decía 'cinco mil liras para todos'. Era una reivindicación de igualdad salarial en las luchas, una reivindicación que luego se impuso en el otoño del 69 y que pasó a ser una de las grandes fuerzas, excusad la exageración, una de las grandes fuerzas de la constitución del Impero, vale decir que ha sido propiamente a través de estas luchas tan localizadas y tan determinadas -viale Sarca, Alfa Romeo de Arese, viale de la Industria a Marghera, porta 2 e 3 de la Fiat, más las otras miles que en Europa, en los USA y en el mundo, pensadas sólo al milagro increíble del ABC de Sao Paulo- las que han determinado el pasaje a una nueva forma de organización del capitalismo. Han demostrado que a nivel del Estado-nación la presión de la clase obrera, la capacidad de la clase obrera para luchar como sujeto consciente de sus propios derechos y de su propio trabajo (el derecho es siempre una consecuencia del trabajo que se hace, es siempre una consecuencia de la actividad que se da en lo social), he aquí que estas luchas han determinado la imposibilidad para el Estado-nación de controlar los movimientos y su desarrollo. Estas luchas han determinado una enorme nueva internacionalización que se ha llamado globalidad, globalismo.

En estos 30 años que nos separan de aquellos gloriosos años milaneses, no sólo para mí sino para muchos de vosotros que reconozco hoy aquí, en estos 30 años se ha realizado una nueva posibilidad enorme de lucha y una nueva posibilidad enorme de comunismo. Hoy evidentemente ya no hablamos de lucha de clase obrera sino de luchas de estratos, diversos, sociales -el nombre multitud que se aplica a esta complejidad de fuerzas singulares capaces de desarrollar luchas es un nombre que puede cambiarse en todo momento, es un nombre simplemente de uso: una fórmula. Lo importante son los contenidos de este proceso. Los contenidos son aquellos que han ampliado enormemente la capacidad de lucha y la capacidad de incidencia de los movimientos sociales, de los movimientos organizados en torno al trabajo.

Es el trabajo, es la lucha contra la explotación, es la lucha contra lo que es la apropiación sistemática y continua que el capital desarrolla respecto a la energía de reproducción social, frente a la energía, excusadme la palabra, de amar y de reproducir el mundo.

Esta historia del amor: cuando digo el amor no es solo el hecho romántico de acostarse con una señora sino que me refiero a una de las fuerzas fundamentales que dirigen el mundo en la relación con los otros y que determinan la cooperación, etc... Cuando digo esto me agrada porque pienso de verdad que este elemento de amor, de predisposición a la construcción de cooperación sobre la base de afectos constituye la misma razón por la cual estamos en sociedad, sociedad que no nos es impuesta por el capital, por el Estado, por las categorías funcionantes como por el pueblo, las organizaciones que las constituciones prevén, sino que son apuntadas por esta disposición a estar juntos, esta capacidad que tenemos de sentir nuestras necesidades y las de todos los otros que construyen la que es la forma de vivir y sobretodo la razón, el motor de la transformación del vivir.

En la nostalgia milanese, nostalgias de amores milaneses, ante la temática de la igualdad salarial en la Pirelli, en Alfa Romeo donde vemos cuáles son hoy en este paso los problemas que tenemos en nuestra vida política y social.

No cabe duda que con este enorme pasaje hacia la globalización el capital también ha determinado nuevas formas de comando que anticipan la organización del consenso, la organización del trabajo a nivel social e industrial. Actualmente nos encontramos en una situación en la que la "desorientación capitalista", dentro de este pasaje de la globalización, determina nuevas formas de comando que se llaman, de manera breve pero sustancial, GUERRA.

Hoy el capital no puede comandar a nivel mundial sobre el terreno general de la globalización si no a través de instrumentos de guerra, como lo demuestra de manera ejemplar el paradigma de la guerra iraquí, y como lo demuestra también a través de lo que es la sistemática y continua violación de las instituciones y de las reglas burguesas que el capital se había dado a nivel nacional y esto es a nivel de política nacional, a nivel de comunicación, a nivel de concesión o represión de los derechos, lo demuestra por tanto en todo el conjunto, la panoplia, de los que son sus instrumentos de intervención.

Por otra parte el capital es consecuente al recurrir a la guerra en esta situación. Las leyes que regían su capacidad de dominio, aquellas leyes que se referían a la gestión de la organización del trabajo de la clase obrera, en cuanto clase productiva fundamental, se han venido abajo. Hoy la producción ya no se da simplemente en la fábrica; ya antes de los años 70 lo habíamos empezado a pensar, y en parte practicado, que los muros de la fábrica caían, que los procesos de reproducción social y los procesos de cooperación social devenían siempre más importantes desde el punto de vista de la valorización del capital. Que el capital no podía ya vivir simplemente sobre la disciplina de fabrica sino que debía ampliar su dominio a través del control social total.

Y es este pasaje, que ahora ya nos es dado, el que ha determinado una medida de este desarrollo y de esta explotación que ahora confunde las zonas geográficas del mundo, de este desarrollo en la explotación que confunde los sujetos sociales de la explotación misma.

El “saber” es algo que era solicitado por la clase obrera. Ningún obrero quería que su hijo tuviese la misma vida de mierda que había tenido él, madrugando a las 5 de la mañana para ir a trabajar. Todo obrero quería que su hijo se convirtiese en un trabajador mental, que llegase a ser algo más, que tuviese un salario que pudiese cubrir sus necesidades, sin la fatiga bestial ligada a la taylorización del trabajo, a su sistemática subdivisión abstracta, a la alienación determinada que se daba en todo momento de su vida: dentro y fuera. Quería nuevamente que su capacidad de amor no fuese limitada por límites abstractos. Y he aquí que actualmente el capital se encuentra en una situación en la cual no tiene ya más medidas ni formas de organización.

¡Financiarizan! Juegan con las medidas del desarrollo del mundo sobre los ritmos de la bolsa, juegan con las dimensiones monetarias como dimensiones fundamentales en el control de la productividad social. Son todos elementos que son completamente superficiales y van más allá e comportan nuevas contradicciones respecto a lo que el desarrollo capitalista exigiría, que es una medida precisa del trabajo, del trabajo social.

Esta medida no existe y es dentro de esta crisis que se determina la ferocidad de esta guerra. Es sólo la fuerza que puede resolver los problemas de dominio, los problemas de dominación, es sólo la fuerza que a falta de cualquier otro criterio racional, ya sea este más o menos instrumental, ya sea este más o menos irracional, ya sea ligado a imaginaciones o a sueños.

La gran crisis, no crisis coyuntural, no crisis cíclica, sino crisis sustancial ligada a la misma naturaleza del dominio, a la misma forma de la dominación: es sobre esto que se desencadena esta guerra permanente e infinita que revela nuestro destino. Aquí no se trata de un gran optimismo al considerar esta situación; nos encontramos en una situación que es extremadamente pesada y dura. Es una situación que por otra parte está caracterizada por lo demás hacia la que es la emersión de toda una serie de nuevos movimientos, de nuevos elementos de contradicciones, de nuevos elementos de ruptura; dentro de una situación como la que os describo de hecho, una razón de dominio que es también una razón de legitimidad que viene continuamente construida por parte del poder, se desencadena evidentemente el reconocimiento en primer lugar de nuevas contradicciones, de nuevas pesadumbres, de nuevos momentos de sufrimiento social y también momentos de toma de conciencia de estas nuevas determinaciones.

Cuando Francesco relataba lo que los movimientos comenzaban a construir en la situación milanesa, éstos no pueden insertarse en este nuevo marco que no es simple o únicamente el de la lucha obrera -que permanece absolutamente fundamental porque existe una continuidad que permanece en la transformación del trabajo y del rechazo al trabajo y de las formas específicas del rechazo- que no están por lo tanto ligadas simplemente a las formas de

lucha obrera industrial, ligadas a aquellas que son las razones directas del comando capitalista, sino que son razones que se extienden, en primer lugar, a sectores que son explotados de manera determinada, continua y precisa por parte capitalista, en segundo lugar, a aquellos estratos sociales que están implicados continuamente dentro de la continuidad del proceso productivo.

El trabajo intelectual, el trabajo cognitivo, el trabajo en general que llamamos "inmaterial", es decir, el trabajo que no se hace simplemente con las manos sino con la cabeza, que se hace en el sector servicios, con la actividad instrumental o afectivamente directa, en la comunicación a través, obviamente, de determinaciones temporales, pesadez temporal de la explotación, pero también a través de una predisposición intelectual continua al trabajo.

Está hecho por lo tanto dentro de una serie de vínculos que superan la vieja calificación de la unidad temporal en la definición del trabajo: una hora de trabajo, un día de trabajo, el 3 por 8,... Es algo que comienza a establecerse... pues tenemos ya muchos avances en los países más desarrollados y no sólo en los países más desarrollados, en todos los sectores más avanzados del desarrollo, ya estén estos en América o en Europa o en los ex países del segundo mundo, es decir, en los ex países socialistas o en los países del tercer mundo.

En Johannesburgo o en Río de Janeiro no se trabaja de modo muy diferente de cómo se trabaja en Berlín o en Los Ángeles y las consecuencias sociales, las divisiones sociales atraviesan y comienzan a atravesar las mismas cesuras, las mismas rupturas. Los ghettos de Los Ángeles no son muy diferentes de los de Shanghai o Johannesburgo y la relación de división entre los rascacielos dirigentes y esta especie de multitud empobrecida, miserable y desesperada que existe en la base es algo que ya podemos reconocer por todas partes, universal y que nos toca directamente.

Esta es la condición y es una condición terrible porque comprende a todo el proletariado pero también a nuevas zonas enormes de trabajo productivo, de trabajo inmediatamente productivo, inmediatamente resoluble en los índices de acumulación del capital: el trabajo mental, el trabajo de investigación, el trabajo afectivo, de servicio, de cuidados, el trabajo campesino que viene siempre más cerrado dentro de sí mismo. Es difícil imaginar en las grandes llanuras de California, del sur, del Brasil o en Argentina estos blade runner... pero existen! Basta ver, basta hablar con los trabajadores sin tierra para tener descripciones absolutamente increíbles. Quiero decir aquí una cosa que me había venido antes a la mente, mientras oía hablar a mi interlocutor, y era que hoy desgraciadamente el espacio del sueño se ha vuelto más pequeño, el espacio del sueño lo podemos cubrir a través de la encuesta.

Hago esta relación entre sueño y encuesta, no porque tenga nada contra el sueño o contra una interpretación optimista del sueño y sobretodo nada contra el subcomandante Marcos, pero pienso que hoy la relación entre el sueño y la realidad es de tal manera cercana que podemos conocer el sueño, poner luz en el subconsciente a través de la encuesta. Pienso que el atraso en nuestro conocimiento del mundo, respecto a las cuotas que la explotación determina,

es tal que podemos efectivamente descubrir de nuevo el sueño de un mundo nuevo en el contacto directo de investigación de la realidad. Y podemos descubrir, dejadme introducir una palabra que puede ser atacada, el ODIO del enemigo, el ODIO de la explotación, a través de encuesta, a través del contacto, como compensación del AMOR que damos a los otros.

De todos modos –cerrado el paréntesis al cual espero me responderéis, porque me agrada hablar de estas pasiones spinozistas, tan antiguas, cosas que en el fondo atraviesan todavía a los hombres y que no podemos dejar tratar a las páginas de los periódicos, no?– quiero ahora volver a nuestro tema.

Todos estos nuevos movimientos que surgen están por un lado atrasados respecto a la que es la realidad capitalista que anticipa nuestra capacidad de reorganizarnos, de reorganizar la protesta contra la explotación, por otra sin embargo estos nuevos movimientos se encuentran en situación que determinan siempre más los objetivos comunes. Cuando digo esto, es decir que la multitud puede hacerse común, puede construir un común, que el conjunto de todas estas fuerzas que luchan pueden recomponerse sobre objetivos comunes, no digo algo que sea evidentemente fácil de construir, digo otra cosa: que existen todos los parámetros objetivos para que esto suceda. No solo la unidad de la explotación, la unidad del adversario.

El trabajo material, el trabajo intelectual, el trabajo de los servicios, el trabajo afectivo viene, por así decirlo, en la organización del trabajo por parte del capitalismo, unificados en torno a los que son los esquemas comunes de explotación. Esta es una cosa que es objetivamente real; cuando habláis con un campesino, con un campesino brasileño, os encontráis frente a alguien que dice “bueno, debo producir soja y esta soja necesita que la produzca según ciertos criterios que solamente el computer me da”.

La transformación del trabajo de programación es inmediatamente absorbida a nivel del trabajo intelectual, por otra parte la cualidad de su producción –y por tanto su relación con la explotación relativa- no puede sino depender de su capacidad de conocer el territorio sobre el que trabaja, utilizar este territorio con el amor que se tiene para producir una cosa que es cualitativamente capaz de ser puesta en común.

Hay una especie de relación entre la abstracción del contacto con las grandes cantidades de la comunicación y de la globalización, necesarias en la globalización, y la intensidad de una relación afectiva, cualitativa.

Es lo mismo que le ocurre al obrero que produce intelectualmente, por un lado está en una red que abstrae necesariamente a los que son los productos de su conocimiento pero, por otro, cualquier innovación no puede sino venir de su capacidad de introducir elementos nuevos en esta producción. A veces se dice: pero vosotros que hacéis este razonamiento que relación tenéis con el rechazo del trabajo, con la que es una vida feliz fuera del trabajo?

¡No existe una vida feliz fuera de la actividad! ¡Destruir el trabajo significa incentivar hasta el fondo nuestra capacidad de crear! Nosotros somos hombres

y somos hombres que quieren ser libres, en la medida en que ponemos nuestra imaginación, nuestra libertad, nuestro sueño diréis, dentro de nuestra actividad. El ocio es una cosa sacrosanta pero el ocio mismo es una forma de actividad, hacer el amor es una cosa bellísima para quien lo hace.

Nosotros debemos ser capaces de decir estas cosas porque hay una continuidad entre el rechazo del trabajo y esta capacidad de transformar el trabajo en actividad creativa. Esta continuidad es una cosa esencial, “ontológica”, forma parte de nuestro ser viviente.

¿Qué es el “común”? El común es un esfuerzo enorme de construcción que la multitud hace de sí misma. Cuando nuestro noble antepasado Carlos Marx, el hebreo con barbas, hablaba de clase obrera, hablaba de la clase que tenía ante sí y no de las 100-150 mil personas que lo eran. En 1840 la clase obrera eran unas centenas de miles de personas ubicadas entre el norte de Inglaterra, el norte de Francia y alguna zona de Alsacia-Lorena.

Actualmente nosotros hablamos de multitud, es decir de construir –hacer multitud– es decir, unificar esta formidable fuerza creativa, esta formidable fuerza de trabajo que se incrementa enormemente en el saber, en el saber en cuanto invención; pero es en el saber como cooperación que es reapropiada la que era la capacidad capitalista de meternos en la fabrica, de ponernos un despertador al cuello y decir: “cuando suene tira de la palanca”.

Nosotros no tenemos necesidad ya de hacer esto, nuestra naturaleza humana ha cambiado; a través de las luchas contra el capital nosotros hemos cambiado nuestra naturaleza humana, hemos devenido hombres “liberis”, sabios, en definitiva, es la vieja definición de “homo sapiens”. Nos hemos puesto en pie.

El común es cualquier cosa que nosotros podamos construir porque las condiciones objetivas están dadas. Transformarlas en condiciones subjetivas, revolucionarias, politico-revolucionarias, es el paso que hoy esta nueva fuerza mundial del trabajo material e inmaterial debe comenzar a poner en acto.

Evidentemente todo esto es un proceso en el cual estamos insertados y en el cual debemos buscar dar continuidad a las cosas. El otro día fui contestado por un grupo de anarquistas en Paris en torno al problema de lo que yo llamo el “salario garantizado”, que es la renta de ciudadanía.

Me dijeron: el salario garantizado o la renta de ciudadanía, es la ultima forma que vosotros reformistas italianos, operistas, inventáis para someter al proletariado al poder. Sin embargo, no estoy de acuerdo que luchar sobre cosas concretas y posibles, luchar por reformas, sea algo que trunque el movimiento, al contrario.

Personalmente nunca he creído, a la manera bernsteiniana o menchevique, como se decía cuando era joven, que la revolución pueda llevarse a cabo mediante reformas pero siempre he pensado que las reformas pueden construir tejidos revolucionarios, siempre he pensado que batirse sobre la ruptura de los criterios materiales sobre los que el capital construye su relación de poder es

un elemento fundamental para construir saltos adelante, saltos de ruptura respecto al poder.

Nunca he pensado que la relación con las instituciones deba ser de por sí rechazada: siempre he pensado que se puede romper las pelotas al poder, y no simplemente a los sindicatos federales, es decir, se puede hacer mucho más de cuanto se puede hacer de otra manera. Creo que esto es de sentido común. En una situación, como la que se da, de total separación entre un capital que es guerra y un nuevo movimiento que está construyéndose, establecer los pasajes que sean los pasajes concretos sobre las reformas reales que determinen nuevas contradicciones más profundas me parece fundamental y sinceramente inevitable si se quiere organizar algo, si se quiere pasar a construir multitud, a hacer multitud, y esto significa que debemos ser capaces de interpretar nuestro movimiento -que no es el nuestro, mío, tuyo, suyo, etc.... sino que es este gran movimiento que se da históricamente: movimiento de multitud como poder constituyente, es decir, como poder que no se limita y no se detiene jamás ante los que son los objetivos más o menos determinados, que logra situar y logra alcanzar pero que sistemáticamente los deja fuera.

La destrucción del poder, del comando capitalista, es antes que nada la afirmación de la duplicidad irresoluble que existe entre dominadores y dominados, entre capitalistas y trabajadores. Nosotros debemos reafirmar esto como proceso continuo, sistemáticamente dado y debemos ser capaces de establecer etapas intermedias una vez superadas sobre el terreno. Debo decir que el fin, definitivo, de las fijaciones que el socialismo tradicional, histórico, ortodoxo nos había hecho heredar nos permite avanzar sobre este terreno. En el fondo ha sido un gran placer ver caer el muro de Berlín, ha sido un placer ver acabar esta burocracia de mierda que reproducía el capitalismo, ese socialismo que guardaba en el armario el cadáver del capitalismo y que quería repetirlo.

¡Basta! No debemos ni siquiera pensarlo más: ¡se acabó! Se acabó el tiempo de los grupúsculos dirigentes, estalinistas, etc... Nos reapropiamos de una fuerza de trabajo inventiva y sobre su base debemos innovar nuevas formas de organización adecuadas a nuestra existencia.

Me dicen que hable de Europa... No cabe duda que el problema de Europa es un problema que se refiere a la Constitución, está claro. Hay compañeros que dicen que una parte es mejor que otra; está la parte sobre los derechos sociales y la convención de Niza que indudablemente abre grandes posibilidades y yo estoy de acuerdo con estos compañeros porque son verdad que cuando se analizan fríamente estas cosas pero si las analizamos un poco más en caliente son evidentemente diversas.

La constitución europea tal como la pretenden imponer es una constitución totalmente neoliberal, una constitución que prolonga la lógica de la guerra dentro de Europa, la lógica de esta desmesura capitalista en controlar movimientos que no puede ya medir, esta locura de dominio frente a sujetos que ya no pueden comprender. Es verdad que hoy no se consigue ya luchar sino sobre niveles que sean multinacionales.

¿Pensáis que sea posible reformar la constitución italiana de manera diversa a la que Berlusconi o Prodi pretenden? ¿Pensáis que sea posible barajar las cartas en este país de manera distinta a la que la triada sindical tenga en mente?

Por otra parte, sin embargo, se dice: pero si nosotros mezclamos las cartas, poniendo juntas las centrales sindicales italianas, las francesas, las alemanas, las holandesas, o si intentamos hacerlo con Chirac o con Schroeder... todo esto sería igualmente inútil, igualmente insignificante.

Pero el problema no es este. El problema es que esta estructura imperial en que nos encontramos es una estructura de tres niveles como ya se ha dicho y que hoy podemos confirmar ampliamente.

Es una estructura que tiene un nivel imperial, monárquico, que es el americano y que está señalado en New York como poder financiero, Washington como poder militar y Los Angeles como poder comunicativo, que son tres poderes mundiales unificados en una función central.

Tenemos después otro nivel que es el del gran capital multinacional que atraviesa los USA como atraviesa Europa, Japón, China, India etc.; evidentemente cualquier tipo de acción política puede ser llevada a cabo sólo a partir de situaciones determinadas. La pregunta que debemos hacernos, o el riesgo que debemos correr, es este: ¿existe hoy a nivel europeo una posibilidad de alianza, o mejor, de recomposición de movimientos de lucha, de determinaciones, de contradicciones, que nos permitan romper el bloque mundial mejor de lo que cualquier tipo de acción estatal-nacional pueda hacerlo?

Es una pregunta que dejo completamente abierta, aunque por lo que a mí respecta voy a dar una respuesta: la única posibilidad que tenemos hoy es jugárnosla a nivel europeo, que no es la aceptación de la constitución sino el intento sistemático de reproponer niveles de organización y de lucha a nivel europeo.

Actualmente, como veis, estoy bastante convencido, volviendo al pesimismo inicial, que después de las elecciones americanas la temática unilateralismo-multilateralismo acabará pronto.

El unilateralismo americano se combinara de manera muy libre con el multilateralismo europeo. La polémica sobre el unilateralismo y el multilateralismo no ha sido una polémica de América contra el mundo: ha sido una polémica de América contra Europa.

Contra una Europa que comenzaba a crear un euro que podía sustituir al dólar como moneda de referencia a nivel mundial, contra una Europa que conseguía alcanzar los criterios de crecimiento capitalista respecto al déficit espantoso de los USA, una Europa que lograba combinar, incluso mejor, los mecanismos de

integración que los USA lo habían hecho en su historia secular de integración mundial de la fuerza de trabajo y de todo el resto.

Es un desafío que avanza con la propuesta de la ampliación de Europa a los países del Este, primer gran desafío. El segundo desafío, el de Turquía, el tercero no sé cual será.

De hecho todos estos desafíos se están revolviendo: los países del este comienzan a descubrir que Europa les conviene más, Turquía se está convirtiendo en un elemento fundamental, verdaderamente, de integración, al menos visto por Alemania, de integración verdadera de pueblos extraeuropeos.

Estamos frente a toda una serie de paradojas que sostienen una propuesta, digo una propuesta entre otras, no quiero insistir sobre esta porque sobre esta propuesta pueden insistir los compañeros que experimentan la realidad de los movimientos; una propuesta verdadera de construcción de un polo anticapitalista en Europa. No se trata de hablar del voto a favor o en contra de la constitución europea: la constitución europea la consideramos liquidada.

El problema es construir una fuerza territorialmente definida que se oponga al problema de la unificación global de la monarquía estadounidense y por tanto de una eventual convergencia del capitalismo europeo como fuerza mundial hacia los USA.

Este es el problema: ¿es posible abrir en Europa un proceso constituyente tal que pueda dar un espacio político a la lucha contra la mundialización? No lo sé, lo espero.

Pienso que el debate organizado hoy sea simplemente la introducción, una de las tantas introducciones que se dan en los debates del movimiento.

Gracias.

<http://www.globalproject.info/art-2631.html>

**+ textos de Antonio Negri en: *caosmosis.acracia.net***



## **La producción biopolítica.\***

**Toni Negri y Michael Hardt [1]**

Nosotros hemos podido aprehender[1], desde un punto de vista jurídico, ciertos elementos de la génesis ideal del Imperio. Pero de permanecer en esta perspectiva sería difícil, sino imposible, comprender cómo la “máquina” imperial es efectivamente puesta a trabajar. Las teorías y los sistemas jurídicos remiten siempre a otra cosa que a ellas mismas. A través de la evolución y el ejercicio del derecho, indican las condiciones materiales que definen su proyecto sobre la realidad social. Nuestro análisis debe entonces descender al nivel de lo concreto y explorar aquí la transformación material del paradigma del poder. Nos falta descubrir los modos y las fuerzas de producción de la realidad social, así como las subjetividades que la animan.

### **EL BIOPODER EN LA “SOCIEDAD DE CONTROL” .**

En más de un sentido, los trabajos de Michel Foucault han preparado el terreno para un examen de los mecanismos del poder imperial. Ante todo, en primer lugar estos trabajos nos permiten reconocer un paso histórico y decisivo, en las formas sociales, de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. La sociedad disciplinaria es la sociedad en la cual el dominio social se construye a través de una red ramificada de dispositivos o de aparatos que producen y registran costumbres, hábitos y prácticas productivas. Poner a esta sociedad a trabajar y asegurar la obediencia a su poder y a sus mecanismos de integración y/o de exclusión se hace por medio de instituciones disciplinarias - la prisión, la fábrica, el asilo, el hospital, la universidad, el colegio, etc.- que estructuran el terreno social y ofrecen una lógica propia a la “razón” de la disciplina. El poder disciplinario gobierna, en efecto, estructurando los parámetros y los límites del pensamiento y de la práctica, sancionando y/o prescribiendo los componentes desviados y/o normales. Foucault se refiere habitualmente al Ancien Régime y al periodo clásico de la civilización francesa para ilustrar la aparición de la disciplinabilidad, pero se podría decir, más generalmente, que la primera fase de acumulación capitalista (tanto en Europa como en otros lugares) se hace enteramente bajo este modelo de poder. Por el contrario, la sociedad de control debemos comprenderla como la sociedad que se desarrolla en el extremo fin de la modernidad, y opera sobre lo post-

moderno, en donde los mecanismos de dominio se vuelven siempre más “democráticos”, siempre más inmanentes al campo social, difusos en el cerebro y los cuerpos de los ciudadanos. Los comportamientos de integración y de exclusión social propios al poder son, de este modo, cada vez más interiorizados en los propios sujetos. El poder se ejerce ahora por máquinas que organizan directamente los cerebros (por sistemas de comunicación, de redes de información, etc.) y los cuerpos (por sistemas de ventajas sociales, de actividades encuadradas, etc.) hacia un estado de alienación autónoma, partiendo del sentido de la vida y del deseo de creatividad. La sociedad del control podría así ser caracterizada por una intensificación y una generalización de los aparatos normalizantes de la disciplinabilidad que animan interiormente nuestras prácticas comunes y cotidianas; pero al contrario de la disciplina, este control se extiende mucho más allá de las estructuras de las instituciones sociales, por la vía de redes flexibles, modulables y fluctuantes.

En segundo lugar, el trabajo de Foucault nos permite reconocer la naturaleza biopolítica de este nuevo paradigma del poder. El biopoder es una forma de poder que rige y reglamenta la vida social por dentro, persiguiéndola, interpretándola, asimilándola y reformulándola. El poder no puede obtener un dominio efectivo sobre la vida entera de la población más que convirtiéndose en una función integrante y vital que todo individuo adopta y aviva de manera totalmente voluntaria. Como dice Foucault, “la vida se ha convertido ahora [...] en un objeto de poder”. La más alta función de este poder es la de invertir la vida de parte a parte, y su primera tarea la de administrarla. El biopoder se refiere así a una situación en la cual lo que está directamente en juego en el poder es la producción y la reproducción de la vida misma.

Estos dos elementos del trabajo de Foucault se enlazan entre sí en el sentido de que sólo la sociedad de control está en condiciones de adoptar el contexto biopolítico como su terreno exclusivo de referencia. En el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control, un nuevo paradigma de poder se realiza, el cual es definido por las tecnologías, al reconocer a la sociedad como el terreno del biopoder. En la sociedad disciplinaria, los efectos de las tecnologías biopolíticas eran aún parciales, en el sentido de que la ejecución de las normas se hacía según una lógica relativamente cerrada, geométrica y cuantitativa. La disciplinabilidad fijaba a los individuos en el marco de las instituciones, pero no conseguía consumirlos/consumarlos enteramente al ritmo de las prácticas y de la socialización productivas; no alcanzaba hasta el punto de penetrar por entero las consciencias y los cuerpos de los individuos, hasta el punto de tratarlos y organizarlos en la totalidad de sus actividades. En la sociedad disciplinaria, así, la relación entre el poder y el individuo era todavía una relación estática: la invasión disciplinaria del poder “contrapesaba” la resistencia del individuo. Por el contrario, cuando el poder se hace totalmente biopolítico, el conjunto del cuerpo social es apresado por la máquina del poder y desarrollado en su virtualidad. Esta relación es abierta, cualitativa y afectiva. La sociedad, subsumida bajo un poder que descende hasta centros vitales de la estructura social y de sus procesos de desarrollo, reacciona como un único cuerpo. El poder se expresa así como un control que invade las profundidades de las consciencias y de los cuerpos de la población – y que se extiende, al mismo tiempo, a través de la integralidad de las relaciones sociales.

En este paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control, podemos avanzar que la relación- cada vez más intensa- de implicación mutua de todas las fuerzas sociales que el capitalismo ha buscado a través de su desarrollo, se ha desarrollado ya totalmente. Marx reconocía algo similar en eso que él llamaba el paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo al capital, y más tarde, los filósofos de la Escuela de Francfort han analizado el paso (muy próximo) de la subsunción de la cultura (y de las relaciones sociales) bajo la figura totalitaria del Estado, o realmente en la dialéctica perversa de las Luces. Sin embargo, el paso al que nosotros nos referimos es fundamentalmente diferente: en lugar de focalizarse sobre el carácter unidimensional del proceso descrito por Marx, después reformulado y extendido por la Escuela de Francfort, el paso evocado por Foucault trata fundamentalmente de la paradoja de la pluralidad y de la multiplicidad – perspectiva que Deleuze y Guattari desarrollaron aún con mayor claridad. El análisis de la subsunción real, cuando ésta es comprendida como un investimento, no sólo de la dimensión económica o cultural de la sociedad, sino también – o más bien- del propio bios social, y cuando está atenta a las modalidades de la disciplinabilidad y/o del control, perturba la imagen lineal y totalitaria del desarrollo capitalista. La sociedad civil es absorbida en el Estado, pero la consecuencia de esto es un estallido de los elementos que anteriormente estaban coordinados y mediatizados en la sociedad civil. Las resistencias no son ya marginales sino activas, en el corazón de una sociedad que se ensancha en red; los puntos individuales son singularizados en “mil mesetas”. Eso que Foucault construía implícitamente -y que Deleuze y Guattari han explicitado- es, por consecuencia, la paradoja de un poder que, unificando todo y englobando en él mismo todos los elementos de la vida social (y perdiendo al mismo tiempo su capacidad de mediatizar de manera efectiva las diferentes fuerzas sociales), revela en ese mismo instante un nuevo contexto, un nuevo medio de pluralidad y de singularización no dominable – un medio del acontecimiento.

Estas teorías de la sociedad de control y del biopoder describen ambas los aspectos fundamentales del concepto de Imperio. Este concepto es el marco en el que la nueva universalidad de los sujetos debe ser entendida, y la finalidad hacia la que tiende el nuevo paradigma del poder. Un verdadero abismo se abre aquí entre los viejos marcos teóricos de la ley internacional (bajo su forma contractual o bajo la forma de las Naciones Unidas) y la nueva realidad de la ley imperial. Todos los elementos intermediarios del proceso han desaparecido de facto, de modo que la legitimidad del orden internacional no puede ya construirse por mediaciones, sino que debe más bien ser aprehendida de golpe e inmediatamente en toda su diversidad. Hemos ya reconocido este hecho desde un punto de vista jurídico. En efecto, hemos visto que cuando la nueva noción del derecho emerge en el contexto de la mundialización y se presenta como capaz de tratar la totalidad de la esfera planetaria como un conjunto sistémico único, hay que suponer una cuestión previa inmediata (la acción en un estado de excepción) y una tecnología apropiada, flexible y formativa (las técnicas de policía).

Pero si el estado de excepción y las técnicas de policía constituyen el núcleo duro y el elemento central del nuevo derecho imperial, no obstante este nuevo

régimen no tiene nada que ver con los artificios jurídicos de la dictadura o del totalitarismo que han sido descritos en otros tiempos y a grandes trompetazos por muchos (demasiados, de hecho) autores. Al contrario, el poder de la ley sigue teniendo un papel central en el contexto de la evolución contemporánea: el derecho permanece en vigor y -precisamente por la vía del estado de excepción y las técnicas policiales- se convierte en procedimiento. Es una transformación radical que revela la relación no mediatizada entre el poder y las subjetividades, y demuestra al mismo tiempo la imposibilidad de mediaciones “anteriores” y la diversidad temporal no dominable del acontecimiento. Dominar los espacios ilimitados del globo, penetrar las profundidades del mundo biopolítico y afrontar una temporalidad imprevisible, tales son las determinaciones sobre las que el nuevo derecho supranacional debe ser definido. Es ahí en donde el concepto de Imperio debe luchar por establecerse, ahí en donde debe probar su eficacia – partiendo de ahí como la máquina debe ponerse en marcha.

Desde este punto de vista, el contexto biopolítico del nuevo paradigma es perfectamente central a nuestro análisis. Es lo que ofrece al poder una elección, no sólo entre obediencia y desobediencia, o entre participación política formal o rechazo, sino también para todas las alternativas de vida y de muerte, de riqueza y de pobreza, de producción y de reproducción social, etc. Dadas las grandes dificultades que la nueva noción del derecho encuentra para representar esta dimensión del poder del Imperio, y habida cuenta de su incapacidad para tocar el biopoder concretamente en todos sus aspectos materiales, el derecho imperial no puede representar (en la mejor hipótesis) más que parcialmente el esquema subyacente de la nueva constitución de un orden mundial, y no sabría realmente concebir el motor que le pone en movimiento. Nuestro análisis debe así concentrarse preferentemente sobre la dimensión productiva del biopoder.

## **LA PRODUCCIÓN DE LA VIDA.**

La cuestión de la producción, en relación con el biopoder y la sociedad de control, revela, sin embargo, una cierta flaqueza del trabajo de los autores de los que hemos tomado prestadas estas nociones. Así, nos queda clarificar las dimensiones “vitales” o biopolíticas de la obra de Foucault en relación con la dinámica de producción. En numerosas obras de mediados de los años setenta, el filósofo se anticipa hasta tal punto que no sabríamos comprender el paso del Estado “soberano” del Ancien régime al Estado disciplinario sin tener en cuenta el modo en que el contexto biopolítico ha sido progresivamente puesto al servicio de la acumulación capitalista: “El control de la sociedad sobre los individuos no se efectúa solamente a través de la consciencia o de la ideología, sino también en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, es la biopolítica lo que más cuenta : lo biológico, lo somático, lo corporal.”

Uno de los objetivos centrales de su estrategia de investigación en este periodo era el de ir más allá de las versiones del materialismo histórico – incluidas numerosas variantes de la teoría marxista- , que consideraba el problema del poder y de la reproducción social sobre un plano supraestructural, distinto del

plano real y fundamental de la producción. Foucault trataba así de volver a poner el problema de la reproducción social y todos los elementos de la “superestructura” en los límites de la estructura material fundamental, y de definir este terreno no sólo en términos económicos, sino también en términos culturales, corporales y subjetivos. De este modo podemos comprender cómo la concepción que tenía Foucault del conjunto social se realiza y se perfecciona cuando, en una fase subsiguiente de su trabajo, descubre las líneas emergentes de la sociedad de control como imagen del poder activo a través de la biopolítica global de la sociedad. No obstante, no parece que Foucault -a pesar de que hubiera captado poderosamente el horizonte biopolítico de la sociedad y lo hubiera definido como un campo de inmanencia- haya conseguido jamás liberar su pensamiento de esta epistemología estructuralista que guiaba su búsqueda desde el comienzo. Por “epistemología estructuralista” entendemos aquí la reinención de un análisis funcionalista en el dominio de las ciencias humanas, método que sacrifica, efectivamente, la dinámica del sistema, la temporalidad creativa de su movimiento y la sustancia ontológica de la reproducción cultural y social. De hecho, si llegados a este punto, nosotros hubiéramos preguntado a Foucault quién (o qué) dirige el sistema, o más bien, qué es el “bios”, su respuesta habría sido inaudible o inexistente. A fin de cuentas, lo que Foucault no consigue aprehender es la dinámica real de la producción en la sociedad biopolítica.

Por el contrario, Deleuze y Guattari nos ofrecen una comprensión propiamente postestructuralista del biopoder, que renueva el pensamiento materialista y se introduce con solidez en la cuestión de la producción de ser social. Su trabajo desmitifica el estructuralismo y todas las concepciones filosóficas, sociológicas y políticas que hacen de la fijeza del marco epistemológico un punto de referencia incontorneable. Ellos concentran su atención sobre la sustancia ontológica de la producción social. Unas máquinas producen: el funcionamiento consta de máquinas sociales, en sus diversos aparatos y ensamblajes, produce el mundo con los sujetos y los objetos que le constituyen. Sin embargo, Deleuze y Guattari no pueden ser capaces de concebir positivamente más que las tendencias al movimiento continuo y los flujos absolutos. Así, también en su pensamiento los elementos creativos y la ontología radical de la producción de lo social permanecen sin sustancia ni poder. Deleuze y Guattari descubren la productividad de la reproducción social -producción innovadora, producción de valores, relaciones sociales, afectos, devenires, etc.- pero consiguen no articularla más que superficial y efímeramente, como un horizonte caótico indeterminado, marcado por el acontecimiento inasible.

Se puede concebir más fácilmente la relación entre producción social y biopoder en la obra de un grupo de marxistas italianos contemporáneos: ellos reconocen, en efecto, la dimensión biopolítica en función de la nueva naturaleza del trabajo productivo y de su evolución viva en sociedad, y para hacerlo utilizan expresiones tales como “intelectualidad de masa” y “trabajo inmaterial”, así como el concepto marxista de “general intellect”. Estos análisis parten de dos proyectos de búsqueda coordinados. El primero consiste en el análisis de las transformaciones recientes del trabajo productivo y de su tendencia cada vez más inmaterial. El papel central preferentemente ocupado

por la fuerza de trabajo de los obreros de fábrica en la producción de plusvalores es hoy día asumida de forma creciente por una fuerza de trabajo intelectual, inmaterial y fundado sobre la comunicación. Es entonces necesario desarrollar una nueva teoría política de la plusvalía capaz de colocar el problema de esta nueva acumulación capitalista en el centro del mecanismo de explotación (y -quizá- en el centro de la revuelta potencial). El segundo proyecto (seguido lógicamente del primero) desarrollado por esta Escuela, consiste en el análisis de la dimensión social e inmediatamente comunicante del trabajo vivo en la sociedad capitalista contemporánea; de este modo plantea con insistencia el problema de las nuevas figuras de la subjetividad en su explotación, al tiempo que en su potencial revolucionario. La dimensión inmediatamente social de la explotación del trabajo vivo inmaterial ahoga el trabajo en todos los elementos relacionales que definen lo social, pero al mismo tiempo activa también los elementos críticos que desarrollan el potencial de insubordinación y de revuelta a través del conjunto de las prácticas laborales. Tras una nueva teoría de la plusvalía, una nueva teoría de la subjetividad debe ser formulada, teoría que pasa y funciona fundamentalmente por el conocimiento, la comunicación y el lenguaje.

Estos análisis han restablecido, así, la importancia de la producción en el marco del proceso biopolítico de la constitución social, pero igualmente lo han aislado bajo ciertos aspectos, al tomarlo bajo la forma pura y al afinarlo sobre el plano ideal. Han trabajado como si redescubrir las nuevas formas de fuerzas productivas -trabajo inmaterial, trabajo intelectual masificado, trabajo de "inteligencia colectiva"- fuera suficiente para aferrar con solidez la relación dinámica y creativa entre producción material y reproducción social. Reinsertando la producción en el contexto biopolítico, la presentan casi exclusivamente sobre el horizonte del lenguaje y la comunicación. Uno de los defectos más serios ha sido, en estos autores, la tendencia a no tratar las nuevas prácticas laborales en la sociedad biopolítica más que bajo sus aspectos intelectuales y no materiales. Ahora bien, la productividad de los cuerpos y el valor de los afectos son, por contra, absolutamente centrales en este contexto. Así pues, nosotros abordaremos los tres aspectos principales del trabajo inmaterial en la economía contemporánea: el trabajo de comunicación de la producción industrial, recientemente conectado en el interior de redes de información; el trabajo de interacción del análisis simbólico y del análisis de los problemas; el trabajo de producción y de manipulación de los afectos (cf. Section 3.4). Este tercer aspecto, con su focalización en la productividad de lo corporal y lo somático, es un elemento extremadamente importante en las redes contemporáneas de la producción biopolítica. El trabajo de esta escuela y su análisis de la inteligencia colectiva establece, es verdad, un cierto progreso, pero su marco conceptual permanece demasiado puro, casi angelical. En último término, estas nuevas teorías no hacen, tampoco, sino raspar la superficie de la dinámica productiva del nuevo marco teórico del biopoder.

Nuestro propósito es entonces el de trabajar a partir de esos ensayos, parcialmente logrados, para reconocer el potencial de la producción biopolítica. Es precisamente aproximando de manera coherente las diferentes características que definen el contexto biopolítico que hemos descrito hasta aquí, y devolviéndolas a la ontología de la producción, que estaremos en

condiciones de identificar la nueva figura del cuerpo biopolítico colectivo – que podría, sin embargo, permanecer tan contradictorio como paradójico. Es que ese cuerpo se convierte en estructura no ya negando la fuerza productiva originaria que la anima, sino reconociéndola; se hace lenguaje -a la vez científico y social- porque se trata de una multitud de cuerpos singulares y determinados a la búsqueda de una relación. Es así a la vez producción y reproducción, estructura y superestructura, porque está vivo, en el sentido más pleno, y es político, en el sentido propio. Nuestro análisis debe descender a la jungla de determinaciones productivas y conflictivas que nos ofrece el cuerpo biopolítico colectivo. El contexto de nuestro análisis debe así ser el desarrollo de la vida misma, el proceso de la constitución del mundo y de la historia. El análisis deberá ser propuesto no en el sentido de formas ideales, sino en el marco de la complejidad densa de la experiencia.

### Sociedades y comunicación

Al preguntarnos cómo llegan a constituirse los elementos políticos y soberanos de la máquina imperial, descubrimos que no es de ningún modo necesario el limitar nuestro análisis a las instituciones reguladoras supranacionales establecidas; ni siquiera centrarlo ahí. Las organizaciones de las Naciones Unidas, con sus grandes agencias multinacionales y transnacionales para la finanza y el comercio (el FMI, el Banco Mundial, el GATT, etc.) no se vuelven importantes en la perspectiva de una constitución jurídica supranacional sino cuando se las considera dentro del marco de la dinámica de la producción biopolítica del orden mundial. La función que ocupaban en el antiguo orden internacional -quisiéramos subrayar- no es lo que actualmente da una legitimidad a estas organizaciones: lo que en el presente las legitima es más bien la función nuevamente posible en el simbolismo del orden imperial. Fuera de este nuevo marco, estas instituciones son ineficaces. El antiguo marco institucional contribuye lo mejor posible a la formación y educación del personal administrativo de la máquina imperial, al “adiestramiento” de la nueva élite imperial. Las enormes sociedades transnacionales y multinacionales construyen el tejido conjuntivo fundamental del mundo biopolítico, bajo ciertos aspectos esenciales. El capital, en efecto, siempre ha organizado en una perspectiva totalizante el mundo entero, pero sólo en la segunda mitad del siglo XX las sociedades industriales y financieras multinacionales y transnacionales han comenzado de veras a estructurar biopolíticamente los territorios a escala mundial. Algunos anticipan que estas sociedades simplemente han venido a ocupar el lugar que antes pertenecía a los sistemas colonialistas e imperialistas de las diferentes naciones en las fases anteriores al desarrollo capitalista, desde el imperialismo europeo del siglo XIX hasta la fase fordista de la evolución en el siglo XX. Esto es en parte cierto, pero ese mismo lugar ha sido sustancialmente transformado por la nueva realidad del capitalismo. Las actividades de las sociedades no se definen ya por la imposición de un ordenamiento abstracto, la organización del pillaje puro y simple y los intercambios desiguales. Antes bien, ellas estructuran y articulan directamente territorios y poblaciones, y tienden a hacer de los Estados-naciones simples instrumentos para registrar los flujos de mercancías, las monedas y las poblaciones que se ponen en movimiento. Las sociedades transnacionales distribuyen directamente la fuerza de trabajo entre los diferentes mercados,

atribuyen funcionalmente los recursos y organizan jerárquicamente los diferentes sectores de la producción mundial. El complejo aparato que selecciona los investimentos y dirige las maniobras financieras y monetarias determina la nueva geografía del mercado mundial, es decir realmente la nueva estructuración biopolítica del mundo.

La imagen más completa de ese mundo es ofrecida en una perspectiva financiera. Desde este punto de vista, podemos distinguir un horizonte de valores y una máquina de distribución, un mecanismo de acumulación y un medio de comunicación, un poder y un lenguaje. No existe ni “vida bruta” ni punto de vista exterior, nada, que pueda ser colocado en el exterior de un campo controlado por el dinero: nada escapa al dinero. Producción y reproducción son revestidos de hábitos financieros y, de hecho, sobre la escena del mundo, cada figura biopolítica se presenta adornada de sus oropeles monetarios: “¡Acumulad, acumulad! ¡Es la Ley y los Profetas!”

Las grandes potencias industriales y financieras producen, de este modo, no sólo mercancías, sino también subjetividades. Producen subjetividades agénticas en el marco del contexto biopolítico: necesidades, relaciones sociales, cuerpos y espíritus; lo que quiere decir que producen productores. En la esfera biopolítica, la vida es destinada a trabajar para la producción, y la producción a trabajar para la vida. Es una gran colmena en la que la reina vigila permanentemente producción y reproducción. Cuanto más profundiza el análisis, más descubre, a niveles crecientes de intensidad, las ensambladuras comunicantes de relaciones interactivas. El desarrollo de las redes de comunicación posee un vínculo orgánico con la aparición del nuevo orden mundial: se trata, en otros términos, del efecto y de la causa, del producto y del productor. La comunicación no sólo expresa sino también organiza el movimiento de mundialización. Organiza multiplicando y estructurando las interconexiones por medio de redes; expresa y controla el sentido y la dirección del imaginario que recorre estas conexiones comunicantes. En otros términos: el imaginario es guiado y canalizado en el marco de la máquina comunicatriz. Eso que las teorías del poder de la modernidad han estado forzadas a considerar como trascendente, es decir exterior a las relaciones productivas y sociales, es aquí formado en el interior, es decir inmanente a estas mismas relaciones. La mediación es absorbida en la máquina de producción. La síntesis política del espacio social es fijado en el espacio de la comunicación. Es por esta razón que las industrias de la comunicación han tomado una posición tan central: no sólo organizan la producción a una nueva escala e imponen una nueva estructura apropiada al espacio mundial, sino que convierten también su justificación inmanente. El poder organiza en tanto que productor; organizador, habla y se expresa en tanto que autoridad. El lenguaje, en tanto que comunicador, produce mercancías y crea, además, subjetividades que pone en relación y que jerarquiza. Las industrias de comunicación integran el imaginario y lo simbólico en la estructura de lo biopolítico, no sólo poniéndolos al servicio del poder, sino integrándolos realmente y de hecho en su propio funcionamiento.

Llegados a este punto, podemos comenzar a tratar la cuestión de la legitimación del nuevo orden mundial. Éste no nace de acuerdos

internacionales existentes anteriormente, ni tampoco del funcionamiento de las primeras organizaciones supranacionales embrionarias, creadas ellas mismas por tratados fundados sobre la ley internacional. La legitimación de la máquina imperial nace – al menos en parte – de las industrias de la comunicación, es decir de la transformación del nuevo modo de producción en una máquina. Es un sujeto que produce su propia imagen de autoridad. Es una forma de legitimación que no descansa sobre nada exterior a ella misma, y que es reformulada sin cesar por el desarrollo de su propio lenguaje de auto-validación.

Otra consecuencia más debe ser abordada a partir de estas premisas: Si la comunicación es uno de los sectores hegemónicos de la producción, e influye sobre la totalidad del campo de lo biopolítico, entonces debemos considerar la comunicación y el contexto biopolítico como coexistentes y coextensivos. Esto nos lleva bien lejos del viejo terreno, tal y como la ha descrito Jürgen Habermas, por ejemplo. De hecho, cuando Habermas ha desarrollado el concepto de acción comunicatriz, demostrando tan fuertemente su forma productiva y las consecuencias ontológicas que de ella se derivan, él parte siempre de un punto de vista exterior a estos efectos de la mundialización, de una perspectiva de vida y de verdad que podría contrarrestar la colonización del individuo por la información. La máquina imperial, no obstante, demuestra que ese punto de vista exterior no existe ya; al contrario: la producción comunicatriz y la construcción de la legitimación imperial navegan juntas y ya no pueden ser separadas. La máquina es auto-validante y auto-poiética, es decir: sistémica. Ella construye estructuras sociales que vacían o vuelven inefectivas toda contradicción; crea situaciones en las que, antes incluso de neutralizar la diferencia por la coerción, parece absorberla en un juego de equilibrios auto-generadores y auto-reguladores. Como hemos dicho en otro lugar, toda teoría jurídica que trate condiciones de la posmodernidad, deberá tener en cuenta esta definición específicamente comunicatriz de la producción social. La máquina imperial vive produciendo un contexto de equilibrios y /o reduciendo las complejidades. Ella pretende proponer un proyecto de ciudadanía universal e intensifica, con este propósito, la eficacia de su intervención sobre todo elemento de la relación de comunicación, disolviendo toda identidad e historia sobre un modo enteramente postmoderno. Pero contrariamente a la forma en que muchas valoraciones postmodernas lo hubieran hecho, la máquina imperial, en lugar de eliminar los relatos fundadores, los produce y los reproduce realmente (en particular, los principales relatos ideológicos) con el fin de hacer valer y celebrar su propio poder. Es en esta coincidencia de producción por el lenguaje, de producción lingüística de la realidad y de lenguaje de auto-validación, en donde reside una clave fundamental para comprender la eficacia, la validez y la legitimación del derecho imperial.

TRADUCCIÓN DE MUXUILUNAK

\* Traducido del francés del primer número del MULTITUDES (MULTITUDES, marzo de 2000). (N.T.) [volver]

[1] Este texto es un extracto del capítulo I.2. del libro de Michael Hardt y Toni Negri, *Imperio*, publicado por Paidós. Las notas de pie de página no se reproducen en la versión presente.

<http://caosmosis.acracia.net/?p=202>

**+ textos de Negri y Hardt en: *caosmosis.acracia.net***